

El naufragio de la Isla de las Palomas.

En las costas mediterráneas del sureste peninsular, entre el puerto de Cartagena y cabo Tiñoso, se extiende una pequeña franja costera que constituye una excepcional reserva del Patrimonio Cultural y Natural de España.

Allí se encuentra la isla de las Palomas.

En los años 2007 y 2008, el Museo Nacional de Arqueología Subacuática realiza, entre las puntas del antepuerto cartagenero, una prospección arqueológica sistemática con medios electrónicos.

Durante la campaña se detectan decenas de naufragios, buques hundidos desde la época romana hasta nuestros días.

Para comprobar los datos del sónar, se envía un robot submarino controlado desde la embarcación, que permite documentar las características del pecio y su estado de conservación.

Las imágenes del fondo marino se transmiten a la cabina de mando, donde se sitúa el operador del robot y los arqueólogos que dirigen la operación.

Bajo las aguas cercanas a la Algameca Grande, vigiladas aún por las baterías de defensa portuaria de la Parajola, Roldán y La Podadera, se hallan hoy antiguos rastros que evidencian la presencia del hombre en el mar.

Ahora constituyen un hervidero de peces, que encuentran refugio tras baos y cuadernas.

Un buque de pesca que una vez faenó en estas mismas aguas, colonizado por la vegetación submarina, se convierte así en morada de sargos, castañuelas y congrios.

El robot documenta un pesquero de casco de madera, de los muchos que surcaron las costas cartageneras. Posiblemente fue hundido de forma intencionada para crear un arrecife artificial, un germen de vida sobre unos fondos devastados por el arrastre durante decenios. Hoy ha dado sus frutos.

El trabajo del robot da paso al de los arqueólogos del Museo, que se sumergen para efectuar una inspección más detallada.

Ayudados por cámaras de fotos, registran detalles del barco, de su cubierta, aún casi completa; de sus bordas, ya perdidas las tracas; y de sus cuadernas, que asoman ahora como un tórax descarnado.

Una vez que se han comprobado y registrado su estado y sus circunstancias, el buque ya ha pasado a formar parte del mar. Al mismo tiempo, constituye parte de nuestra memoria, de nuestro patrimonio cultural, y, en suma, de la eterna ruta que, una vez, emprendió un hombre la primera vez que, allá en la Prehistoria, se adentró con su precaria embarcación sobre unas aguas desconocidas.